

DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Eclesiástico 15, 16-21): *Si quieres, guardarás los mandamientos.*

Salmo (118, 1-2.4-5.17-18.33-34) *«Dichoso el que camina en la ley del Señor»*

2ª lectura (1ª Corintios 2, 6-10): *El hombre no puede pensar lo que Dios tiene preparado.*

Evangelio (Mateo 5, 17-37): *No vine a abolir, sino a dar plenitud a la Ley.*

Hemos recibido la vida como un regalo de Dios Padre. En el origen, y en cada momento, en cada situación, está el Amor. Y cada uno de nosotros tenemos que ir haciendo la vida, llenándola de sentido y plenitud. Para esto Dios nos da unos mandamientos y nos dice que si queremos podemos cumplirlos. Es nuestra decisión de vivir en y con libertad. O sea, no un simple cumplir por cumplir, sino un estilo de vida que pone a Dios en el origen, y a los demás, y a uno mismo en el centro. Así, vivir haciendo la Voluntad de Dios para cada persona es garantía de vida y libertad.

La libertad, además de un regalo que recibimos, es una tarea que conlleva elegir un modo de vida y unos comportamientos, y dejar de lado otros. Ser fiel a la voluntad del Padre que es siempre de bien para todos sus hijos. *“Ante nosotros está la vida y el bien, y la muerte y el mal, y a cada uno se le dará lo que elija”*. Dios cuenta con nuestra decisión y pone en nuestras manos esa capacidad ¡se fía de cada uno! porque conoce nuestras obras y es grande su sabiduría.

Lo que el Salmista pide a Dios es la sabiduría que hace fácil y hasta agradable el cumplimiento de la Ley. No puede entender el Salmista que un Dios que quiere al hombre le obligue a obedecerle con disgusto. También es cierto que ese disgusto lo siente el hombre porque no sabe, no percibe lo agradable de la Ley. La Sabiduría permitirá al hombre conocer y saborear la bondad de la voluntad benévola de Dios que le orienta, le instruye y le guía por el camino del bienestar. Perder la sensibilidad de lo divino es algo que sólo llora el que supo saborear la delicia de ese don. Llorar deseando recuperar ese don del Espíritu es ya comenzar a agradecer, a sentir lo agradable que nos resulta la voluntad de Dios.

Lo que está claro es que, si caminamos en la Ley del Señor, es decir, haciendo Su voluntad, seremos dichosos, lo dice Jesús. Miramos bien: *“caminando”*, no estando inactivos ni ocupados en tantas cosas que olvidemos lo importante. Caminar es un verbo, una acción que, implica ir poco a poco, sin pausa hacia la meta, guardando sus preceptos, con una vida de bien. Claro que podemos rezar con el Salmo: *«Muéstrame, Señor, el camino de tus decretos; enséñame a cumplir tu ley y a guardarla de todo corazón»*.

Cómo tenemos que vivir, Dios nos lo ha revelado y enseñado por medio del Espíritu. Su Fuerza empuja e ilumina nuestro camino hacia la verdad plena, es decir, hacia la Vida y el sentido. Este Espíritu es la sabiduría que nos conoce a cada persona, y que lo sondea todo, incluso lo profundo de Dios. Si vivimos según ese Espíritu estamos en la Verdad, o quizá mejor, la Verdad está en nosotros.

«Si quieres, guardarás los mandatos del Señor». Así de explícito se explica el libro del Eclesiástico. Echa mano a lo que quieras; delante del hombre están muerte y vida: le darán lo que él escoja. No cabe duda que esta enseñanza no apoya la visión de una ley divina que atosiga al hombre y le resulta un fastidio, más que un gozo. Mientras no conectemos con esta onda, la que la Sabiduría de Dios emite en sus enseñanzas, no percibiremos con claridad que la voluntad de Dios es lo mejor para el hombre. La Palabra de Dios, el texto sagrado, es la mejor sintonía de lo divino; pero corremos el riesgo de múltiples interferencias que nos impiden escuchar con claridad el mensaje diáfano e inconfundible de un Dios que continúa invitando al hombre a elegir el proyecto de Dios.

San Pablo escribe a los corintios advirtiéndoles de este riesgo; la sabiduría humana no alcanza a comprender todo lo que Dios ha preparado para los que lo aman, para los que quieres libremente adentrarse en el misterio de lo divino. Pablo ha buscado tenazmente comprender el designio de Dios, desde joven estudió las Escrituras y en ellas había aprendido a rechazar la imagen de un Dios hecho hombre, pero toda su sabiduría se viene abajo cuando la fuerza, el Espíritu de Dios le arrebató y le lleva hasta la profundidad divina. Su estudio y su sabiduría nunca le hubieran permitido sin la acción del Espíritu llegar a comprender que un hombre, Jesús de Nazaret, era la perfecta imagen de Dios, Dios mismo hecho hombre. Es claro que se entra en otra onda, en otra visión de las cosas; es una dimensión que permite al hombre conocer los secretos del Reino de Dios.

El hombre que menosprecia esta visión se hace daño a sí mismo, no a Dios. Dios no depende de que el hombre le alabe; Dios continúa siempre fiel y no quita la oferta en favor del hombre. La Ley que Él no ha venido a abolir sino a cumplir es esa: la orientación, la instrucción, la enseñanza, la manifestación de su designio en favor del hombre. Poco vale que los hombres hagan leyes en nombre de Dios, si de verdad el Espíritu de Dios no las garantiza. Lo que Jesús hace es garantizar, cumplir con su misma vida la voluntad de Dios. ¿Cómo iba Él a abolir el propio designio de Dios?

Jesús nos dice que no nos alejemos de sus decretos, que vivamos en libertad, que busquemos el sentido para todo lo que Dios nos da, que busquemos la llegada de su Reino. Y para vivir así claro que hay que cumplir Sus mandatos, pero estos no son una obligación sino una elección; no una carga sino garantía de felicidad; no una losa pesada sino la base para vivir con dignidad y respeto a la vida de los demás. Estamos invitados a vivir a tope, en libertad y dignidad, no solo cumpliendo unos preceptos, sino haciendo nuestra la Voluntad de un Padre que no quiere de nosotros engaños ni apariencias, sino vida auténtica, recibida y entregada.